

Desequilibrios y Antagonismos de la Mundialización

Claudio Katz

La mundialización es una tendencia inmanente y no cíclica del capitalismo, que presentó modalidades diferentes en cada etapa histórica del sistema. La internacionalización productiva -determinada por la creciente gravitación de las "empresas transnacionales" y una significativa reestructuración de la división internacional del trabajo- es la característica central de la fase actual.

Resumen: La mundialización es una tendencia inmanente y no cíclica del capitalismo, que presentó modalidades diferentes en cada etapa histórica de este sistema. La internacionalización productiva -determinada por la creciente gravitación de las "empresas transnacionales" y una significativa reestructuración de la división internacional del trabajo- es la característica central de la fase actual. Un efecto importante de esta transformación se observa en el espacio de formación de los precios bajo la acción de la ley del valor a escala internacional. La mundialización debe investigarse jerarquizando analíticamente las modificaciones ocurridas en la órbita productiva en comparación con las mutaciones registradas en el plano financiero y comercial.

El avance de la mundialización no es un producto espontáneo del mercado. Se apoya en un cambio de las relaciones sociales de fuerza en favor de la clase dominante, en la recuperación de la hegemonía norteamericana y en la expansión geográfica y sectorial del capital. El proceso en curso genera un reforzamiento de las estructuras estatales nacionales y la simultánea creación de nuevos organismos supra-nacionales. A escala internacional se fijan las reglas de la competencia y en el plano regional se construyen los bloques competitivos. Pero este remodelamiento desencadena fuertes contradicciones, derivadas de la falta de legitimidad histórica y autoridad política de las nuevas instituciones para-estatales.

. Mientras que la tesis neoliberal-fatalista de la globalización sólo presenta justificaciones ideológicas de los beneficios obtenidos por las grandes corporaciones, la teoría del imperialismo contribuye a explicar porqué las desigualdades sociales, nacionales y regionales se incrementan con el salto registrado en la mundialización.

Cómo correlato de las discusiones oficiales entre globalistas y regulacionistas se ha planteado en el marxismo un debate entre enfoques transnacionalistas -que exageran el alcance de la mundialización- y análisis dogmáticos, que niegan la existencia de esta transformación.

La internacionalización de la economía reduce la efectividad de las políticas anti-cíclicas y potencia los desequilibrios clásicos del mercado. Pero cómo reacción a los efectos de estas conmociones resurge la acción reivindicativa de la clase trabajadora. Además apareció un nuevo internacionalismo que debutó en las movilizaciones de Seattle. Estas acciones reabren las perspectivas para batallar por el socialismo.

DESEQUILIBRIOS Y ANTAGONISMOS DE LA MUNDIALIZACIÓN.

La mundialización, entendida como el grado de internacionalización de la economía, es una tendencia del capitalismo. Desde su origen este sistema se desarrolló desbordando la esfera

doméstica y cada una de sus etapas históricas estuvo asociada con la expansión del mercado mundial. La acumulación primitiva fue apuntalada por el pillaje regional, la industrialización librecambista se nutrió del colonialismo y el crecimiento de los países centrales durante el siglo XX se apoyó en la acción imperialista. Este mismo proceso explica porqué la acumulación tiende a eliminar las formas residuales de pre-capitalismo en todos los rincones del planeta.

Señalar que la mundialización es una tendencia implica considerar que es un proceso dominante, aunque no constituya una condición del funcionamiento del capitalismo, como es por ejemplo, la explotación del trabajo asalariado. Es un curso prevaleciente sobre las la acción de las fuerzas opuestas nacionalizantes o regionalizantes.

La mundialización presentó distintas modalidades históricas, que se pierden de vista cuándo se argumenta que el "capitalismo siempre fue mundial". Este error cometen los autores que interpretan a la denominada globalización contemporánea como un simple peldaño de la "economía-mundo" conformada a partir del siglo XV . Confunden las raíces parcialmente mercantiles de un modo de producción con su especificidad industrial y omiten que el capitalismo recién pudo constituirse efectivamente a partir de la consolidación de los estados nacionales y la desaparición de las soberanías parceladas y los mercados fragmentados.

La mundialización no es un fenómeno cíclico de expansión internacional y retracción nacional de la economía . La idea que una temprana globalización (siglos XV-XVIII) fue seguida de una etapa proteccionista (siglos XVIII-XIX) y que luego prevaleció otro período mundializador (1870-1914), al que siguió otra fase de crecimiento doméstico (1945-1970) conduce a la errónea presentación de la fase actual como un nuevo momento de ese vaivén.

Este enfoque no tiene en cuenta la existencia de un movimiento inmanente del capital a operar a escala internacional, que ha sido contrareestado en diversos períodos históricos.

Al concebir la mundialización cómo una tendencia dominante, no cíclica y atravesada por períodos diferenciados se puede abordar el análisis de las peculiaridades de la fase actual ¿Cuáles son los rasgos, novedades y contradicciones de esta etapa?
INTERNACIONALIZACIÓN PRODUCTIVA.

La principal transformación de la mundialización en curso proviene de la gravitación alcanzada por las denominadas empresas transnacionales (ET). Estas compañías implementan una gestión internacionalizada de sus negocios, lucrando con las diferencias nacionales de productividades y salarios. Construyen espacios homogéneos entre sus casas matrices y sucursales dentro del medio ambiente geográficamente diverso en que actúan y obtienen beneficios extraordinarios de esta combinación de uniformidad de gestión y dispersión espacial. Introducen una gran circulación interna de capitales, mano de obra e insumos y aunque su referencia operativa es el mercado mundial, mantienen vínculos privilegiados con los estados de sus países de origen .

Durante los años 80 y 90 estas empresas conformaron complejos integrados de actividades productivas, financieras y comerciales. Lideraron el aumento del 11 % al 28 % anual de la inversión extranjera directa entre 1978-81 y 1986-90 y a través de joint ventures, subcontrataciones y manejos accionarios forjaron una red de negocios muy superior a su actividad formal. Según los cálculos de la UNCTAD, unas 200 compañías controlan un tercio de la producción y el 70 % del comercio mundiales, dominan el 75 % de las grandes inversiones y la casi totalidad de las transacciones de productos básicos. Se ha estimado que un hipotético país de las empresas transnacionales sería la octava potencia económica,

con un PBI superior al de 150 países. La “fábrica mundial” y el “producto mundial” no son la norma, pero sí una tendencia contemporánea del capitalismo .

La principal acción de estas empresas ya no está centrada en el aprovisionamiento de materias primas o el dominio de los mercados protegidos, sino en la “descomposición internacional del proceso productivo”. Implementan la fabricación fragmentada de componentes a través de una organización jerárquica, que localiza las actividades calificadas en los países avanzados y el trabajo en serie en las naciones periféricas.

Esta transformación se consumó en las últimas dos décadas mediante un salto en la centralización del capital (que ha llevado a la existencia de un máximo de 10 grandes concurrentes en cada sector), alianzas entre empresas (que actúan como socios en algunos terrenos y enemigos en otros) y un sistema de producción internacionalizada, que tiende a sustituir el logo “hecho en tal país” por “hecho en tal compañía”. Lo que ha permitido viabilizar este cambio ha sido el inicio de una revolución tecnológica basada en la difusión de las nuevas tecnologías de la información, cuyo despliegue ha brindado el soporte material para este avance de la mundialización.

La internacionalización productiva implementada por las ET potencia al mismo tiempo la uniformidad y la diferenciación en la división internacional del trabajo. Por un lado, obliga a intensificar la difusión de productos, procesos e innovaciones y por otra parte, mantiene las grandes diferencias nacionales de productividades y salarios que generan las plusganancias de las corporaciones.

El avance de la mundialización productiva fue aceitado por importantes transformaciones financieras. La sustitución de la intermediación bancaria por la emisión directa de obligaciones permitió direccionar la inversión hacia las prioridades de las ET, la desregulación de las normas bancarias facilitó el auto-financiamiento de estas corporaciones y la eliminación de las segmentaciones en la actividad bancaria aceleró el proceso de fusiones.

También las transformaciones comerciales apuntalaron la reorganización productiva, especialmente a través de la adaptación de la legislación comercial a las necesidades de las ET. La liberalización primero del GATT, la constitución posterior de la OMC y la formación de mercados regionales sin aranceles internos han facilitado el movimiento de insumos al interior de las corporaciones y la relocalización de las actividades productivas.

COMPARACIONES Y CONTROVERSIAS.

Un cuestionamiento muy corriente de la interpretación que presentamos destaca que el grado de internacionalización actual de la economía es equivalente o inferior al prevaleciente a principio del siglo XX y que la mayor parte del ahorro, el producto y los empleos continúan generándose a escala nacional. Algunos autores afirman que la limitada movilidad del capital y de la mano de obra no han variado sustancialmente, otros estiman que el 80 % de la producción y el 90 % de la inversión se dirigen hacia los mercados internos y que el coeficiente promedio de apertura de las economías es semejante al predominante en 1913. La comparación más corriente subraya que el flujo internacional de capital ya había alcanzado al comenzar la primera guerra mundial el mismo nivel que en la actualidad.

Otros teóricos reconocen el salto registrado en la mundialización, pero objetan su significación cualitativa. Plantean que la internacionalización productiva, las nuevas empresas transnacionales y los flujos de inversión directa modifican el escenario internacional, pero tan sólo para retrotraerlo a las condiciones interrumpidas durante la larga “excepción keynesiana”. Evalúan, por ejemplo, que el mayor intercambio intra-firma

representa un cambio solo incremental y que el aumento de la inversión extranjera directa no altera las viejas tendencias proteccionistas obstructoras de cualquier avance de la mundialización .

En su detallada estimación Sutcliffe y Glynn consideran que el grado de internacionalización -medido como relación del porcentaje de las exportaciones sobre el PBI- continúa siendo muy modesto. Esta relación fue en 1913, 1973 y 1995 del 6 %, 7,1% y 11.3 % para Estados Unidos, del 22 %, 21 % y 29 % para Europa y del 20 %, 10 % y 9 % para Japón. Destacan que para la OCDE en su conjunto los porcentajes fueron 16 %, 14 % y 20 %. Estiman, que la inversión extranjera directa en los países desarrollados como proporción de la inversión doméstica no ha cambiado sustancialmente, ya que pasó del 4,8 % (1980) al 9,1 % (1995). Señalan que la inversión extranjera constituye apenas el 5 % del stock mundial y se sitúa por debajo del pico del 7-9 % alcanzado en 1913. Además, opinan que se exagera el poder de las ET, al considerar su volumen de ventas y no el valor agregado que efectivamente aportan. Entienden que los principales agentes de la mundialización son 44.500 empresas medianas productoras del 22 % del PBI mundial y no las 100 ET generadoras del 5 % de ese total.

Pero la comparación central que establecen estos enfoques es equivocada, porque la economía de principios y fines del siglo XX fueron radicalmente distintas. A comienzos de esa centuria, enormes porciones del planeta se encontraban al margen del circuito mundial y la internacionalización efectiva abarcaba un sector incomparablemente inferior al prevaleciente en la actualidad. La inversión directa, la proporción del comercio en relación a la producción o la internacionalización del mercado de capitales involucraban magnitudes que no guardan ninguna relación con los porcentuales predominantes en la etapa actual. Hay que tener en cuenta, además, que los datos computados con los criterios de la contabilidad nacional no se adaptan a un análisis del grado de internacionalización efectiva. Esta evaluación exigiría no solo comparar agregados corrientes (PBI, exportaciones, importaciones), sino también ponderar el nivel real de integración mundial alcanzado en cada actividad .

La novedosa capacidad de las ET para organizar el trabajo a escala mundial representa un cambio y no una continuación del período precedente de exportación de capitales e instalación de filiales en mercados protegidos. Por eso es desacertado comparar la relevancia que tienen hoy las ET con el papel jugado por las empresas cerealeras o petroleras de principio de siglo XX. La novedosa "descomposición internacional del proceso productivo" es un efecto del abaratamiento radical y contemporáneo del transporte y de las comunicaciones. No sólo el aumento de la inversión extranjera directa y del comercio internacional marcan cambios claves, sino que existe una transformación cualitativa del proceso productivo apoyado en la mundialización, que muchos críticos habitualmente ignoran. .

Las propias estimaciones de Sutcliffe y Glynn ilustran esta transformación, porque aunque consideran modesto el aumento de las exportaciones en relación al PBI reconocen que un cambio sustancial se ha producido en el contenido de los intercambios mundiales, a partir de la gravitación que tienen las manufacturas.

El porcentaje de importaciones industriales en relación con las importaciones totales pasó en la OCDE de un tercio a dos tercios en los últimos 20 años. Hay que tener en cuenta que no solo el ritmo de aumento de las transacciones mundiales duplica el incremento de la producción y que la inversión directa triplica esta suba, sino que el comercio industrial intra-firma aumentó a una tasa 10 veces superior a ese incremento. Estos cambios son

indicativos de un nivel de internacionalización productiva que no tiene precedente en el rudimentario comercio internacional de 1914.

Por otra parte, el estudio de Sutcliffe y Glynn sólo puntualiza que el número de empresas involucradas en la mundialización actual es muy superior al retrato convencional de 200 grandes ET. Pero esta observación sólo cuestiona el grado de monopolización prevaleciente y no el avance efectivo de la internacionalización económica. Qué el centro de este proceso sea la producción industrial y no las materias primas, qué involucre una masa de capital sin precedentes en un espacio geográfico por primera vez integrado de todo el planeta y qué se desenvuelva en torno a la acción de las ET, constituyen los rasgos novedosos de este proceso.

PRIMACIA DE LA ESFERA PRODUCTIVA.

Nuestra interpretación jerarquiza el análisis de los cambios registrados en la esfera productiva. Esta primacía obedece a que las leyes del capital -que determinan el rumbo del modo de producción vigente- se procesan en esta órbita. Aunque existe una indisoluble unidad entre los ciclos productivos, comercial y financiero, estos tres ámbitos no tienen una gravitación explicativa equivalente. El eje de la reproducción del capital -la extracción de la plusvalía- es un proceso que debe analizarse en primer lugar en el plano productivo, aunque su comprensión exija indagar cómo circula y se realiza el valor de las mercancías a través de mecanismos comerciales y financieros. Por eso enfatizamos la importancia del salto registrado en la internacionalización productiva, en oposición al enfoque neoclásico -fundado en los principios de ventajas comparativas y mercados perfectos- y a las teorías heterodoxas institucionalistas, basadas en la organización empresarial y las modalidades de la gestión estatal.

Nuestra visión es también diferente de las caracterizaciones de la mundialización centradas en el avance de la “globalización financiera”. Este enfoque considera que el principal rasgo del cambio actual es la desproporcionada expansión de la moneda y el crédito en relación con la producción y su consiguiente desconexión de la “economía real”. Subraya que el capital financiero mantiene subordinadas a las actividades industriales e interpreta que las corrientes de inversión no son genuinas, sino primordialmente especulativas.

Aunque esta visión desarrolla una acertada denuncia del parasitismo financiero y bursátil, no logra desentrañar cuáles son los principales cambios que introduce la mundialización actual, por su desatención de la esfera productiva. Suponer que el rentismo financiero subordina a la actividad productiva implica relegar el papel interpretativo central de la teoría del valor y de la plusvalía para analizar la transformación en curso. Por el contrario, subrayar esta centralidad no sólo clarifica el problema, sino que permite evitar las simplificaciones en boga, que oponen al empresariado “sano e inversor” con el banquero “despilfarrador e inhumano”.

La internacionalización productiva en curso es diferente de la internacionalización comercial (que estudiaron Marx y Luxemburgo) y de la internacionalización financiera (que indagó Lenin). Algunos teóricos estudian este nuevo proceso periodizando la historia del capitalismo en función de los tres ciclos que Marx concibió para conceptualizar la reproducción del capital. Distinguen una fase inicial de internacionalización del capital-mercancías (comercio colonial), otro período de preeminencia del capital-dinero (supremacía del capital financiero en la época imperialista) y una tercer etapa de gravitación del capital-productivo (empresas transnacionales).

Pero aunque este esquema puede aplicarse para recordar la centralidad del comercio en el debut del capitalismo y de las finanzas a partir del siglo XX, no hay que olvidar que la

subdivisión en ciclos funcionales fue un modelo abstracto originalmente utilizado para ilustrar la metamorfosis del capital.

En la realidad empírica, las distintas formas del capital social total operan integradamente combinando tres ciclos que no se internacionalización de manera autónoma. Por esta razón, en lugar de utilizar criterios puramente funcionales es más adecuado conceptualizar los rasgos específicos que adopta la mundialización en cada período histórico del capitalismo (librecambista, imperialista y tardío).

LEY DE VALOR A ESCALA MUNDIAL.

La mundialización en curso altera la acción de la ley del valor a escala internacional y modifica el proceso de formación de los precios, a medida que una porción significativa de la producción se desenvuelve en el espacio interno de las ET.

Esta modificación fue inicialmente intuida por Bujarin, cuándo estimó que la internacionalización de la economía inauguraba formas de regulación de los precios opuestas a su tradicional determinación nacional. En los debates de los años 70 sobre el intercambio desigual en el comercio internacional, Emmanuel abordó este problema, postulando la existencia de una nueva ganancia media a escala mundial apoyada en la movilidad de los capitales y la inmovilidad de la fuerza de trabajo. Aunque partió erróneamente del desnivel de los salarios y no de las diferencia en el desarrollo de las fuerzas productivas para explicar la transferencia de valor desde la periferia hacia el centro, introdujo el acertado reconocimiento de un cambio en la formación de los precios resultante del avance de la internacionalización. También Amin destacó esta transformación al subrayar la gravitación de un nuevo "valor mundial", determinante de una ganancia media y de precios de producción a escala internacional (aunque partiendo equivocadamente de la ganancia como un dato, cómo ocurre en las interpretaciones distribucionistas afines a Sraffa).

Mandel, en cambio, estimó que el proceso de formación de los precios continuaba centrado en los mercados nacionales, aunque posteriormente matizó esta opinión al observar las nuevas evidencias del avance de la mundialización. En esta línea de reformulación se enmarca también el análisis de Husson, cuándo describe la creciente fragmentación existente entre dos campos de valorización (uno mundializado y otro exclusivamente nacional) que se forjan al interior de ciertas economías periféricas .

En la actualidad es más visible la tendencia hacia la formación internacional de los precios cómo resultado de la actividad de las ET. Las filiales localizadas en distintos puntos del planeta operan utilizando "precios de transferencia", que las gerencias administran con gran autonomía de los mercados nacionales. Cómo señala Carchedi , estas compañías operan en torno a una tasa de ganancia media internacionalizada distinta a la prevaleciente en cada ámbito nacional.

Esta fractura de la acción de la ley del valor en dos planos es un proceso en desarrollo y no una realidad consumada, porque los parámetros fijados por los estados (especialmente en el plano de los aranceles, subsidios y políticas monetarias) continúan influyendo en la determinación de los precios, mientras que ningún organismo ejerce una incidencia equivalente a escala mundial. Pero al conformarse instituciones regionales y multinacionales al servicio de las ET, como el FMI o la OMC, también estas variables tienden a despegarse de sus bases nacionales. La acción de la ley del valor extiende su norma al mercado mundial al compás del avance de la internacionalización productiva, comercial y financiera .

EXPANSIÓN DEL CAPITAL.

El salto registrado en la mundialización fue incentivado en la última década por una significativa expansión geográfica y sectorial de la acumulación. En el plano espacial, el capital está imponiendo sus reglas en regiones como Rusia, China y Europa Oriental, que no eran "países socialistas" pero tampoco constituían economías reguladas por los principios del mercado. Su actual transformación en áreas sometidas a la lógica del beneficio equivale a incorporar a un tercio de la población mundial al reinado del capital. Esta absorción está muy lejos de haber concluido y tiene efectos contradictorios, porque los negocios prosperan a través de un proceso de destrucción de conquistas sociales, devastación de recursos naturales y desmantelamiento de industrias, que desestabilizan la propia acumulación y desencadenan crisis financieras internacionales. La criminalización de todas las "economías en transición" y las recurrentes moratorias de la deuda externa rusa son evidencias de esta inestabilidad.

Pero ninguno de estos desequilibrios desmiente que la tendencia novedosa y prevaleciente de los últimos quince años es la expansión del capital hacia regiones relegadas de su influencia. La implosión de los "ex países socialistas" revitalizó la avidez capitalista por obtener mayores ganancias fuera del terreno doméstico. Tal como ocurrió con la expansión imperialista de principio del siglo XX, el capitalismo encuentra un desahogo a sus desequilibrios mediante el ensanchamiento de sus fronteras.

Pero en la actualidad la expansión sectorial del capital es tan relevante como su ampliación geográfica, como lo demuestra por ejemplo la euforia de las privatizaciones. Los montos anuales de inversión involucrados en este tipo de operaciones pasaron de 25.000 millones de dólares a principios de los 90 a 145.000 millones al concluir la década. Y si bien esta generalizada transformación de empresas públicas en privadas se efectiviza de manera muy diferente en cada región, las privatizaciones constituyen un canal generalizado de inversión internacional. Es una incógnita cuál será la viabilidad de este proceso en el mediano plazo, porque las empresas públicas cumplieron un rol estratégico para la reproducción del capital (mediante subsidios indirectos al conjunto de la clase empresaria) que nadie sabe cómo será reemplazado. Pero en lo inmediato, es evidente que las privatizaciones ofrecen un importante campo para la expansión mundial del capital.

La venta de empresas públicas forma parte de un proceso de mercantilización general. La educación, la cultura, las jubilaciones o la medicina se están convirtiendo en negocios privados y esta expansión torna posible que una escuela, un hospital o un fondo de pensión se declare en bancarota. Por eso la segmentación social de la enseñanza, la protección sanitaria y la previsión social son cada vez más aterradoras. Pero creando las condiciones para un desastre social de pobreza y desamparo, el capital incrementa su nivel de acumulación a escala planetaria.

DESIGUALDADES E IMPERIALISMO.

El efecto de la expansión mundial del capital es el aumento de todas las desigualdades sociales, nacionales y regionales. Se amplía radicalmente la distancia que separa a las naciones centrales y periféricas, a los empresarios de los trabajadores y a las zonas prósperas de las regiones rezagadas.

Esta polarización puede comprobarse fácilmente con cualquier dato comparativo de la evolución socio-económica de los países avanzados y subdesarrollados en los últimos 20 años. De acuerdo a ciertas estimaciones, la brecha de ingresos entre las naciones que se sitúan en los extremos de ambos grupos se ensanchó de 30 a 60 veces entre 1965 y 1990. La misma tendencia polarizante se observa en la distribución del ingreso en los países avanzados como consecuencia de dos décadas de expansión acumulativa del desempleo,

estancamiento del salario y agravamiento o reaparición de la pobreza. Por ejemplo, la remuneración de un directivo norteamericano es actualmente 150 veces superior al salario medio, que en 1998 era un 12 % inferior al vigente en 1979 en una situación de distribución del ingreso porcentualmente semejante a Filipinas . El contraste entre las zonas que atraen inversiones (como el Silicon Valley) y las regiones abandonadas de la industria tradicional se acentúa día a día. En las naciones periféricas esta fragmentación es más brutal, porque separa a pequeños enclaves exportadores del atraso secular predominante en la mayor parte de los territorios. Nunca en la historia del capitalismo se han registrado fracturas sociales, nacionales y regionales tan dramáticas, en un plazo tan breve.

La contundencia de estas desigualdades actualiza la utilidad de la teoría del imperialismo para interpretar la transformación en curso. En su acepción marxista esta concepción no alude solamente a la existencia de políticas expansionistas o al predominio de rivalidades entre conquistadores, sino que explica porqué en el capitalismo maduro se acrecientan todos los desniveles económico-sociales. Estas fracturas son un efecto de la escala alcanzada por la reproducción del capital. Cuánto más elevada es la inversión y la productividad mayor intensidad tienen la competencia y los desequilibrios que segmentan al mercado mundial, fracturan a los grupos sociales y polarizan la situación de los sectores productivos.

Los teóricos clásicos del imperialismo atribuían esta tendencia polarizante a distintos rasgos del capitalismo contemporáneo. Lenin enfatizaba el papel del monopolio y el capital financiero, R.Luxemburgo el aumento del sub-consumo y la exportación de excedentes invendibles, Bujarin el choque entre los intereses expansionistas y proteccionistas de los grupos monopólicos y Trotsky la imposibilidad de las naciones periféricas de repetir el acelerado desarrollo industrial de los países centrales. A lo largo del siglo XX surgieron nuevas interpretaciones de este comportamiento fracturante de la acumulación, que es la principal contradicción de la mundialización en curso. Estas desigualdades no son productos espontáneos del mercado, sino que derivan de una ofensiva del capital para recomponer la tasa de ganancia reduciendo salarios y recreando el desempleo.

LA OFENSIVA DEL CAPITAL.

Los trabajadores fueron puestos a la defensiva en las últimas décadas como consecuencia de severas derrotas en los países desarrollados (especialmente durante la oleada thatcherista y reaganiana) y una macabra escala de guerras, genocidios, saqueos económicos y devastaciones sociales en la periferia. Este retroceso ha permitido a las ET reforzar la presión sobre los mercados de trabajo y usufructuar de las desigualdades salariales para incrementar sus ganancias.

La amenaza empresaria cumple en este plano un rol más importante que el desplazamiento efectivo de las plantas, porque este último proceso está sujeto a muchas restricciones. Es falso que el capital puede movilizar automáticamente sus inversiones de un país a otro en función del costo laboral, pero es cierto que la internacionalización productiva brinda a la clase capitalista un novedoso instrumento de fragmentación y dominación de la clase trabajadora .

Las interpretaciones que omiten este cambio de la relación social de fuerzas entre las clases dominante y dominada ignoran que el avance de la mundialización en curso se apoya en este cambio de escenario. La pérdida de posiciones de la clase trabajadora, que recompuso la tasa de ganancia y estimuló la reinversión de las corporaciones indujo mayores negocios a escala internacional. Cuando se reemplaza esta evaluación de la confrontación clasista por estimaciones estadísticas del grado de internacionalización del comercio o de la propiedad

empresaria se refuerza la fetichización de la globalización. En lugar de reconocer que los artífices del cambio son capitalistas que buscan aumentar sus beneficios se atribuye la mundialización en curso a misteriosas fuerzas inhumanas y se olvida que el funcionamiento objetivo del capitalismo está condicionado por el cuadro concreto de la lucha de clases .

Sin embargo tampoco es conveniente unilateralizar la interpretación de la mundialización con explicaciones exclusivamente centradas en la confrontación clasista, porque en este caso se descontextualiza el análisis. Hay que vincular el resultado de la lucha de clases con la acción de leyes objetivas del capital para entender porque los atropellos de la burguesía no derivaron en otras circunstancias en saltos de la mundialización. Sólo cuándo esta ofensiva facilitó la recomposición de la tasa de ganancia y abrió nuevas áreas geográficas a la inversión se consumó un avance mundial de la acumulación.

El mismo tipo de problemas aparece cuándo se presenta la mundialización en curso como un efecto de la "fuga del capital" frente a la "insubordinación del trabajo". Aquí se olvida que lejos de "escaparse", el capital reinsertó inversiones y amplió su dominación mercantil al lograr contener la insubordinación de los oprimidos. Si el creciente "poder del trabajo" constituyera el rasgo dominante, no tendría sentido remarcar que la mundialización se fundamenta en una ofensiva social del capital. .

Pero reconocer este balance de la relación de fuerzas no significa interpretar que la mundialización plasma un "triumfo definitivo del capitalismo", porque la nueva situación crea importantes contradicciones que socavan la estabilidad de este régimen social. La mundialización actual no prueba la eternidad del capitalismo, ni justifica la resignación frente a su continuidad. Solamente confirma que el modo de producción vigente registra transformaciones cualitativas en su funcionamiento, cuándo el capital encuentra la vía para afirmar su dominación frente a los explotados.

RECUPERACIÓN DE LA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA.

La recuperación de la hegemonía norteamericana es otro acontecimiento político determinante de la mundialización.

Los teóricos de la corriente sistémica han estudiado la relevancia de este tipo de liderazgos en la historia del mercado mundial a partir de la sustitución de la diáspora mercantil genovesa por la proto-nación holandesa, la posterior emergencia del imperio británico y el más contemporáneo dominio norteamericano durante el siglo XX. Puede objetarse que el énfasis puesto en la hegemonía militar de una potencia desestima el papel de la lucha de clases y que no se vinculan los cambios del liderazgo a la lógica general del funcionamiento del capitalismo. Pero estas limitaciones no reducen el acierto de estudiar la gravitación que tiene la hegemonía de una potencia en cada etapa de la mundialización del capital .

Resulta, sin embargo, curioso que algunos teóricos sistémicos desconozcan la dominación norteamericana en la fase actual. Adscriben a la tesis de la decadencia de Estados Unidos y de su reemplazo por un nuevo polo asiático en gestación, atribuyendo a los países de esa región una mayor capacidad organizativo-empresarial .

Esta visión contrasta con la opinión de los autores, que correctamente diagnostican una reedición de la preeminencia norteamericana ante la fragilidad de Japón para encabezar un desafío equivalente y la incapacidad de la clase dominante europea para erigir un polo económico-militar alternativo. Algunos teóricos estiman que la disputa aún no está decidida y que Europa puede salir airosa, si logra aprovechar su mercado continental para erigir una moneda rival del dolar, recuperar el liderazgo tecnológico y crear una fuerza militar con presencia internacional .

Esta misma discusión opone a los analistas que remarcan la declinación del imperialismo norteamericano a partir de la hipertrofia de su dominación financiera (comparable con el antecedente británico) y de su creciente desbalance comercial, con quiénes presentan datos contundentes de la recuperación hegemónica estadounidense en el plano de la productividad, el desarrollo tecnológico y la competitividad industrial. Una discusión del mismo tipo enfrentó hace algunos años a los autores marxistas que observaban a Estados Unidos como un super-imperialismo victorioso, con quiénes pronosticaban el reinicio de la batalla competitiva a partir del acelerado crecimiento de Europa y Japón .

Si se toma en cuenta lo ocurrido en la última década es evidente que Estados Unidos ha recuperado un lugar de liderazgo ya no sólo político-militar, sino también económico y tecnológico frente al avance europeo de los 70 y el empuje japonés de los 80. Y esta recomposición es muy visible en el plano de la mundialización. De las 200 empresas transnacionales más importantes 74 son estadounidenses y de las 50 mayores 33 pertenecen a esa nacionalidad. La supremacía es aún más significativa si se considera el universo de compañías vinculadas a las nuevas tecnologías de la información o se observa el resultado de los procesos de fusiones y adquisiciones de la última década.

Es también evidente que este resurgimiento ha sido apuntalado por el resultado de la gran escalada de intervenciones militares realizadas bajo la dirección norteamericana (Irak, Yugoslavia, Somalia, Haití, Panamá, Libia), que consolidaron a la OTAN frente al tibio surgimiento del ejército europeo y el continuado desarme japonés. La mundialización actual del capital se desenvuelve bajo el signo de la hegemonía norteamericana .

Sin embargo, esta supremacía presenta rasgos muy diferentes a todas las situaciones de rivalidad inter-imperialistas analizadas por los teóricos marxistas clásicos, que hasta la mitad del siglo XX desembocaban en guerras inter-imperialistas. Una repetición de estos enfrentamientos abiertos se ha tornado en la actualidad improbable y casi descartable como hipótesis. Este cambio fue percibido ya en los años 70 por los autores que analizaron cómo la competencia entre potencias se desenvuelve en un nuevo marco de solidaridad capitalista . Y si en ese período se podía atribuir este hecho a la presencia de los "países socialistas", en la actualidad la explicación del debilitamiento de este choque hay que buscarla en la forma que asume la mundialización.

Esto cambio no entraña la desaparición de la rivalidad político-económica por el dominio del mercado, ya que las ET sostenidas por sus estados están enfrascadas en una salvaje competencia. El proteccionismo subsiste, las confrontaciones comerciales no han disminuido, las fusiones y alianzas entre corporaciones mantienen ejes nacionales y regionales y tienden a configurar tres grandes bloques competitivos.

Pero la mundialización del capital frena un desemboque bélico abierto de esta confrontación .

LAS TRANSFORMACIONES DEL ESTADO.

El avance de la mundialización ha consolidado el papel de los organismos internacionales con funciones para-estatales orientadas a favorecer los intereses de las ET. En la última década viejas instituciones supra-nacionales como el FMI han alcanzado una influencia sin precedentes, la OMC cuenta con más miembros y atribuciones que su antecesora del GATT, se establecieron nuevas jurisdicciones internacionales para la ONU y se expandió militarmente la OTAN.

Las corporaciones apuntalan estas instituciones para reforzar una nueva división del trabajo que induce a reestructurar mercados, remodelar territorios, relocalizar poblaciones y adecuar legislaciones. El avance de la mundialización capitalista exige drásticos cambios de

los instrumentos de dominación y como el estado nacional no garantiza la reproducción mundial del capital, las ET necesitan dotarse de nuevas instituciones.

Estos organismos se edifican, en primer lugar, en torno al FMI, es decir el estado mayor de los grandes bancos. Su ingerencia actual sobre las políticas económicas de los países deudores no tiene precedentes. Ya no se limitan a exigir el cumplimiento de los pagos, sino que definen todas las medidas que deben adoptar los gobiernos para "tranquilizar a los mercados". Este intervencionismo refuerza el proceso de recolonización de la estructura estatal de los países periféricos. Otro conjunto de instituciones financieras (Banco Mundial, Organismo de Basilea) dictaminan las normas bancarias que aseguran la movilidad del capital hacia los sectores jerarquizados por las corporaciones. Por eso la vertiginosa desregulación bancaria ha sido directamente supervisada por estos organismos.

Por otra parte, la OMC ha sido creada para establecer un código de comercio a medida de las ET, que elimine todos los obstáculos arancelarios limitativos de la producción internacionalizada. Se está forjando un sistema de tributación imperialista que garantiza la apertura aduanera para las exportaciones de los países centrales y el cobro del patentamiento por las nuevas tecnologías.

La creciente internacionalización económica ha impuesto, además, una coordinación permanente de las políticas económicas de las grandes potencias. Las grandes cumbres presidenciales, las reuniones periódicas de banqueros y economistas (Davos, reunión anual del FMI, asamblea del Banco Mundial) se han vuelto una necesidad imperiosa para regular conjuntamente las variables de corto plazo (especialmente los tipos de cambio y los flujos financieros).

El episodio más representativo de la tendencia a conformar nuevas estructuras mundializadas de dominación fue el abortado intento de sancionar en secreto un "texto consuetudinario de la globalización", denominado "acuerdo multilateral de inversión" (AMI). Este convenio aseguraba los derechos de propiedad de las corporaciones mediante sanciones a cualquier "violación del libre comercio" y preveía compensaciones a eventuales expropiaciones o impactos de "protestas sociales". Esta nueva legislación -que consagraba la sustitución de las jurisdicciones nacionales por cortes internacionales frente a cualquier controversia que afectara a las ET -no encontró mecanismos y organismos adecuados para su sanción. Pero representa un objetivo estratégico que las corporaciones no abandonarán.

La formación de entes regionales al servicio de las ET complementa la constitución de nuevos organismos internacionales. En este plano, el acontecimiento más impactante ha sido el surgimiento de la Comunidad Económica Europea, porque a diferencia del NAFTA de América del Norte o el ASEAN asiático implica la constitución de una nueva entidad supra-nacional. Para enfrentar a sus dos grandes competidores, la clase capitalista europea necesita superar su fragmentación histórica y su carencia de un centro de decisión unificado, intentando un programa de convergencia monetaria y fiscal sostenido en la ofensiva contra los trabajadores. Las corporaciones europeas buscan imponer una transferencia de poderes legislativos y ejecutivos de los viejos estados nacionales hacia la nueva entidad regional para apuntalar sus beneficios mediante la flexibilización laboral, la restricción del gasto social, el reordenamiento del sistema impositivo y la instauración de un nuevo signo monetario.

La mundialización y la regionalización para-estatal son dos caras del mismo proceso. A escala mundial las ET establecen las reglas de juego de la competencia global y al nivel regional se forjan los organismos que agrupan a los concurrentes de esta batalla. En la ONU, el FMI y la OMC se definen los marcos jurídicos de esa rivalidad y en la CEE, el

Nafta o el Asean se perfeccionan los instrumentos que necesita cada bloque de competidores. En el primer ámbito se edifica el escenario y en el segundo se organizan los participantes de la disputa.

A escala internacional o regional el aumento de la presencia estatal es una necesidad del capital para implantar leyes flexibilizadoras, que se convalidan en la OIT y se complementan con tratados regulatorios de la movilidad de la fuerza de trabajo. Mientras que los aranceles, subsidios y regulaciones monetarias ya forman parte de las discusiones cotidianas de la mundialización, en ningún "foro global del capital" se analiza la internacionalización de un salario mínimo, de una jornada laboral reducida o de seguros al desempleo. El carácter capitalista de este proceso es por lo tanto explícito, aunque de ninguna manera transparente.

La mundialización refuerza y recompone las funciones estatales a nivel nacional, regional y mundial. Las creencias que el estado "desaparece" o "se retira en favor del mercado" son mitos neoliberales. Sólo existen cambios de funciones y transferencias de prerrogativas de un nivel a otro para remodelar los procesos de acumulación. Los mercados nacionales, regionales o mundiales no podrían existir sin la apoyatura de estructuras estatales. Cuando esta presencia se retrae en alguna esfera aumenta su gravitación en otro campo. Declina, por ejemplo, la participación económica directa del "estado empresario", pero se refuerza la gravitación de la política impositiva, disminuye el papel de la banca estatal pero se afirman los socorros a las empresas o bancos insolventes.

Justamente porque las funciones económicas estatales de sostenimiento de las ET no decrecen se amplía sensiblemente la masa de funcionarios especializados, que cuando no son ministros actúan como directivos de las corporaciones. Esta alta burocracia de expertos tiende también a internacionalizarse y a formar una "elite cosmopolita mundial", que ha sido entrenada en las mismas instituciones para actuar indistintamente como hombres de las grandes compañías o dirigentes de organismos internacionales y regionales.

Las ET no abandonan, ni mantienen invariable la relación con sus estados nacionales de origen. La internacionalización de sus actividades les exige reforzar sus bases nacionales tradicionales y construir al mismo tiempo organismos para actuar a escala planetaria. Ambos objetivos son complementarios y coexisten, porque la coordinación mundial de las ET requiere simultáneamente el sostén del marco nacional. Esta situación no implica el mantenimiento de la vieja regulación estatal de posguerra, ni tampoco la consolidación de un poder transnacional sustitutivo de ese manejo. Las corporaciones necesitan apoyar su acción en los mecanismos nacionales existentes, mientras avanzan en la conformación de estructuras supra-nacionales.

ESTADO-NACIÓN Y ESTRUCTURAS SUPRA-NACIONALES.

La internacionalización económica exige erigir entes supra-nacionales que erosionan la estabilidad del estado-nación sin sustituir a estas estructuras, porque carecen de legitimidad para ejercer sus nuevas atribuciones. Se puede resolver que la moneda, los impuestos o el presupuesto de un país pasan a ser manejado por una instancia supra-nacional, pero de ningún decreto surge la capacidad política para implementar esta gestión. El estado nacional continúa brindando el único marco que la clase capitalista conoce para ejercer su dominación y la compulsión a desbordar este cuadro choca con la ausencia de instituciones internacionales alternativas o con la dificultad para erigirlas aceleradamente.

El estado nacional fue una larga construcción histórica que acompañó el afianzamiento del capitalismo y se mantuvo como el marco de este régimen social durante tres siglos. Es el cimiento jurídico-material de la reproducción del capital y también la estructura política

que permite comandar este proceso. La clase dominante puede gobernar con una amplia variedad de regímenes, gobiernos y funcionarios, porque logró construir una esfera política autónoma de la economía, cuyos vaivenes no ponen en tela de juicio la sacralidad de la propiedad, la centralidad del mercado o la preeminencia del beneficio.

Este tipo de instituciones no se erige de la noche a la mañana por el solo avance de la mundialización, cómo ingenuamente suponen los teóricos del "estado-nación redundante". Lo que predomina son constantes conflictos entre el estado nacional y las nuevas formas supra-nacionales, porque los organismos regionales y mundiales son políticamente frágiles y socialmente huérfanos. Se construyen implantando políticas neoliberales -apoyadas por las fracciones más internacionalizadas del capital- que vulneran las formas históricas de la dominación de la burguesía en cada región del mundo (compromiso histórico en Europa, populismo latinoamericano, clientelismo redistributivo en Africa, intervencionismo estatista en Asia). El cambio en curso deteriora la cohesión de los estados, sin asegurar las nuevas instancias .

La acción del FMI es particularmente ilustrativa de esta acción disolvente. Actuando al servicio de los bancos acreedores, sus emisarios imponen interminables "ajustes" a los países deudores que terminan inviabilizando el funcionamiento del estado y la propia generación de los beneficios requeridos para cumplir con el pago de los pasivos. Otro ejemplo es el fracaso del "AMI", cuya sanción debió ser pospuesta ante la ausencia de una instancia supra-nacional capaz de imponer el cumplimiento de ese convenio. Ni el FMI, ni la OMC o la ONU pueden asegurar por el momento los requerimientos de las ET. Ni siquiera instituciones regionales -como la Comunidad Europea- cuentan con una autoridad equiparable a cada estado miembro y deben apoyarse en estas entidades para avanzar en el proyecto unificador.

Las nuevas instituciones detentan una "legitimidad restringida" muy distante de la autoridad política e ideológica que las burguesías de cada nación construyeron en largos procesos de consolidación de su dominio. Además, al reforzar las funciones de valorización del capital en desmedro de las acciones integradoras de los explotados al sistema, los organismos supranacionales debilitan la estabilidad de los estados existentes. Este proceso crea un vacío político y erosiona los mecanismos tradicionales de subordinación de los trabajadores. No está a la vista, ni es previsible cómo las nuevas instituciones podrían estructurar un sistema equiparable a los estados vigentes, logrando además la adhesión estable de un segmento de "ciudadanos del mundo" .

El origen de estos conflictos es el carácter reaccionario de la mundialización en curso. Cómo su principal motivación es afianzar la recuperación de la tasa de ganancia a expensas de las conquistas sociales se desenvuelve atropellando a cualquier institución, reglamentación u orden político que incluya expresiones o reminiscencias de esas mejoras.

Los proyectos políticos neoliberales carecen sustento social y el nuevo personal internacionalizado acentúa este aislamiento, porque carece de la tradicional lealtad de las burocracias nacionales. La "cosmocracia" de las empresas transnacionales y la elite de funcionarios de organismos internacionales son sectores privilegiados, totalmente desconectados del conjunto de la población laboriosa. Esta soledad retrata la orfandad social que caracteriza a todo el proceso mundializador .

No existen hasta ahora indicios de la efectividad de los organismos supra-nacionales como instrumentos coercitivos de dominación, cómo gestores de una burocracia eficiente (asociada a las empresas transnacionales y al mismo tiempo autónomas de sus exigencias inmediatas), cómo mecanismos garantes de la reproducción internacionalizada del capital, o

como representaciones ilusorias del interés general. En ningún plano se vislumbran como sustitutos de la relación social compleja que constituye el estado nacional y de sus funciones coercitivas, administrativas, cohesionadoras e integradoras.

GLOBALISTAS Y HETERODOXOS.

La interpretación dominante de la mundialización es la tesis neoliberal de la globalización. Sus difusores acuñaron este último término para divorciar el análisis de la mundialización de los problemas de la dominación imperialista. Identifican la globalización con el bienestar general (derivado del avance del libre comercio y la desregulación financiera) y con el progreso común (compartido por todas las naciones "inter-dependientes"). Pero estas afirmaciones contrastan con la evidente degradación del nivel de vida de la mayoría de la población y constituyen -cómo dice Petras puras "globaloney" (tonterías), que buscan ocultar el aumento de la explotación y legitimar los beneficios obtenidos por las clases dominantes.

La globalización es propagandizada por los neoliberales cómo un acontecimiento repentino y totalmente novedoso. Por eso hablan de la "nueva era", de la "sociedad de la información" o de la "época pos-industrial", cómo si el avance de la mundialización diera lugar al nacimiento de otra forma de organización social. El objetivo de esta caracterización es presentar una nueva modalidad opresiva del capitalismo como un acontecimiento fatal de la evolución social. Los argumentos para demostrar la inexorabilidad de la globalización son los mismos que siempre se han utilizado para pregonar la resignación frente a la miseria. Se afirma que "no existen alternativas" con el objetivo de desanimar cualquier resistencia y reforzar la adaptación al "mundo sin fronteras del libre-mercado".

Esta visión simplificadora se apoya en la identificación neoclásica del mercado global con la competencia perfecta. Supone que la eliminación de los obstáculos comerciales proteccionistas y la reducción de las interferencias estatales permitirán transformar a la economía mundial en un ente optimizador de la asignación de los recursos. Esta tesis es la enésima versión de la utopía marginalista del mercado perfecto. Lo que no pudieron comprobar en ningún modelo nacional o sectorial pretenden descubrirlo ahora en la economía mundial, que es el terreno más adverso para cualquier aplicación de las fantasías walrasianas.

La teoría neoliberal de la globalización combina típicos dogmas neoclásicos -cómo el beneficio compartido por todos los concurrentes- con las teorías vulgares del marketing. El propio término de globalización fue tomado de concepciones reduccionistas de la comunicación (la "aldea global") y de modelos prácticos de instrucción comercial (cómo aumentar las ventas a escala internacional). Se trata de una noción que no esclarece ningún rasgo de la mundialización en curso porque sólo intenta justificar las ganancias obtenidas por las grandes corporaciones.

Frente a estas apologías mistificadoras existe una importante corriente heterodoxa que denuncia el aumento de las desigualdades sociales, la pauperización y la pérdida de conquistas democráticas que entraña este proceso. Pero este enfoque se concentra más en la crítica descriptiva que en la clarificación analítica del nuevo fenómeno.

Por ejemplo, en oposición a las fantasías globalizantes varios teóricos de la Regulación destacan la gravitación de los espacios nacionales cómo cimientos de "régimenes de acumulación" específicos de cada país o región. Pero estos análisis están exclusivamente centrados en comparar las ventajas de distintos "modos de regulación" (especialmente, "el modelo renano contra el modelo aanglosajón") frente a la uniformidad globalista, sin aportar interpretaciones específicas del salto registrado en la mundialización. En general, se

limitan a presentar este fenómeno cómo un resultado político del "triunfo del neoliberalismo".

CRÍTICOS MARXISTAS.

La oposición entre teóricos neoliberales defensores de la globalización y autores heterodoxos críticos tiene su correlato en el pensamiento marxista, cuyos exponentes denuncian en común el carácter opresor de este proceso, pero difieren en la caracterización del fenómeno. En los polos opuestos de esta interpretación se encuentran, por un lado los autores transnacionalistas y por el otro, los dogmáticos.

Los teóricos transnacionalistas estiman que desde la formación de la Comisión Trilateral (1970) se inició una "nueva época", caracterizada por la integración de la clase dominante en torno al "capital global". Los agentes de esta "estructura social de acumulación" son las empresas transnacionales y los núcleos desnacionalizados de la burguesía de cada país, que llevan adelante un proceso depredatorio y pauperizador. Plantean que la "globalización de la extracción de plusvalía" refuerza el reemplazo de la industria por la informatización y el traslado del centro de la explotación a la periferia. Estiman que la sustitución de la actividad industrial por una economía de servicios permite un desplazamiento mundial irrestricto del capital. Algunos autores destacan que esta "desterritorialización" sustituye el dominio imperialista clásico por un control imperial sin localización geográfica definida.

El enfoque transnacionalista diagnostica una integración total de la clase capitalista, no solo a través de fusiones e inversiones coordinadas, sino incluso mediante un entrelazamiento de la propiedad (por ejemplo los acuerdos Chrysler- Mitsubishi y Faimler Benz, General Motors-Suzuke, Ford-Mazda en la industria automotriz). También estiman que el estado-nación se ha vuelto obsoleto con el ascenso de las burguesías transnacionalistas, que cooptan a los capitalistas internacionalizados de los países subdesarrollados y obtienen con el reforzamiento de las instituciones supranacionales un órgano directo del nuevo capital mundial.

La corriente de autores opuesta a este enfoque considera, por el contrario, que la mundialización no introduce cambios sustanciales en el capitalismo contemporáneo. Destacan que los mercados internos continúan predominando sobre las exportaciones, que el proteccionismo persiste como una práctica habitual, que el grado de internacionalización económica es muy bajo y que el carácter cosmopolita es un dato histórico y no nuevo del capitalismo. Algunos incluso estiman que la globalización es una "leyenda vacía", que oculta un retroceso en el grado de internacionalización efectivo de las firmas. En general, también consideran que la gravitación de los estados nacionales se ha potenciado, a partir del protagonismo de estas instituciones en las batallas competitivas por el dominio del mercado mundial.

EXAGERACIONES VERSUS CONSERVATISMO.

Las dos interpretaciones marxistas extremas de la transformación en curso son igualmente equivocadas: el enfoque transnacionalista exagera las transformaciones registradas en la mundialización y la visión dogmática las ignora.

El primer enfoque magnifica el cambio, al desconocer que el salto registrado en la internacionalización de la actividad económica no implica una fusión entre los grupos capitalistas que históricamente se nuclearon en torno a estados-nacionales diferentes. Es falso que la internacionalización de las líneas de montaje ha creado una burguesía transnacionalizada porque el capital no existe cómo entidad unitaria, sino que opera en torno a fracciones y alianzas, cuya referencia para la batalla competitiva continúa siendo el

estado-nación. Las burguesías son configuraciones históricas, que no se diluyen en el transcurso de algunas décadas por el efecto de la internacionalización económica.

Los teóricos transnacionalistas exageran el alcance del cambio en curso en todos los planos. Es equivocado suponer que el capital puede emigrar irrestrictamente de un país a otro, porque el costo de trasladar plantas y anular inversiones de larga maduración sigue siendo muy elevado. Además, ni la fuerza de trabajo capacitada se encuentra disponible en todos lados, ni las condiciones para el desarrollo de ciertas actividades están presentes en cualquier país .

La imagen de un mundo de "factores plenamente flexible" es típica del utopismo neoclásico y del fetichismo informacional. Las computadoras y las redes aceleran el proceso de producción y circulación de las mercancías, pero no pueden modificar la estructuración histórica del capitalismo en torno a economías nacionales, cuyas abismales diferencias de productividad determinan la localización del capital. El avance de la mundialización es un hecho incontrovertible, pero su impacto sobre los distintos sitios de reproducción del capital es muy diferente. Es cierto que la mundialización extiende el radio de acción del capital, pero no inaugura una "nueva época" ajena a la lógica del funcionamiento de este sistema. La tesis transnacionalista se desliza hacia una descripción pos-industrialista del capitalismo, cómo un sistema que ya no descansa sobre los pilares típicos de este modo de producción.

Esta visión fue anticipada en los años 70 por autores que atribuían al proceso de integración mundial del capital más consistencia que a la tendencia opuesta hacia la rivalidad entre las potencias imperialistas. Enfatizaban la presentación de las empresas multinacionales cómo entes de coordinación, departamentalización y organización múltiple de la producción internacionalizada .

Pero ya en ese momento ignoraron que si un proceso de transnacionalización creciente del capitalismo en torno a la empresa multinacional se hubiera consumado resultaría imposible distinguir entre una corporación norteamericana, europea o japonesa y nadie podría evaluar quién avanza en las rivalidades inter-imperialistas.

Y es evidente que salvo contadas excepciones se sigue hablando de la Exxon norteamericana, la Toyota japonesa o el Airbus europeo.

La suposición que las grandes corporaciones se han desnacionalizado es una utopía hiper-globalista que olvida las raíces nacionales explícitas de las ET en la distribución de la propiedad y el origen de sus directorios. Unas 40 de estas compañías generan más de la mitad de sus beneficios en el extranjero y sólo 20 mantienen más de la mitad de sus instalaciones fuera de sus países de origen. Pero además, si la Comunidad Europea ha sido creada para batallar contra el Nafta liderado por Estados Unidos y el Asean asiático es porque las corporaciones continúan agrupadas en torno a clases capitalistas nacionales diferenciadas.

La tesis transnacionalista repite los errores del enfoque "ultraimperialista" que planteó Kautsky a principio del siglo XX, cuándo pronosticó la sustitución de la competencia nacional por una confluencia de los capitales bajo el patrocinio estatal. Esta previsión del "fin de la confrontación económica entre las potencias" no se ha verificado, porque supondría eliminar el principio competitivo que guía al capitalismo. Hasta tanto la planificación no sustituya a la primacía del mercado, algunas compañías apoyadas en algunos estados continuarán rivalizando contra otras compañías apoyadas en otros estados.

Es cierto que el avance de la internacionalización productiva choca con los marcos nacionales. Pero este conflicto no alumbrará un "capital global", sino nuevas alianzas y

rivalidades, que involucran a los estados protectores de cada compañía. La mundialización expande al capitalismo, pero no consuma una transnacionalización de la propiedad. Las corporaciones mantienen su asociación con los estados y los nuevos organismos internacionales no los sustituyen. Tampoco es cierto que el salto en la internacionalización productiva desemboque en una división vertical del capital entre sectores internacionalizados y sectores nacionalizados. Esta creencia surge de un razonamiento funcionalista, que asocia toda transformación de los procesos de acumulación con automáticas adaptaciones de las estructuras estatales.

Pero frente a esta imagen de un “mundo global totalmente nuevo” es también incorrecto plantear el dogma de la invariabilidad del capitalismo, porque así se ignora el carácter estructuralmente dinámico y cambiante de este sistema. Lo que corresponde no es negar la aparición de una nueva realidad económica, sino clarificar cuales son sus principales tendencias.

A la luz del salto registrado en la expansión geográfica y sectorial de la acumulación la tesis dogmática es incorrecta, porque opone al impresionismo de la mutación radical el retrato de un capitalismo que se auto-reproduce con parámetros idénticos. Y esta visión ignora que este sistema existe a través de un proceso de metamorfosis constante que mantiene su rasgo esencial (la explotación del trabajo asalariado) a través de cambios cualitativos en las formas de acumulación .

El planteo dogmático no percibe que el salto registrado en la internacionalización es duradero y que no constituye tan solo una reacción cíclica frente a fases precedentes de encierro económico nacional. Por eso no logra dilucidar el sentido de las transformaciones estatales en curso, basadas en la pérdida de soberanía nacional y las transferencias de poderes a los organismos regionales.

REORGANIZACIÓN Y CRISIS.

Se ha comparado la etapa de euforia capitalista globalizante actual con la “belle époque” de 1896-1914 que siguió a la depresión de 1873-96 . Esta analogía es pertinente para ilustrar la existencia de un salto en la acumulación basado en grandes transformaciones tecnológicas, comerciales, financieras, productivas y en el auge ideológico del liberalismo. Pero también sirve para recordar, que ese período de auto-confianza del capital desembocó en la mayor crisis económica de la historia y en el primer gran éxito revolucionario del socialismo.

Con la mundialización, el capital extiende su radio de acción y también el impacto de sus desequilibrios. Al imponerse la norma del beneficio en todos los países, regiones y actividades se potencian las contradicciones clásicas del capitalismo, porque se debilitan los mecanismos que atemperan las fluctuaciones cíclicas de este sistema, que siempre han operado a escala nacional o regional. La fractura entre “ganadores y perdedores de la globalización” se traduce en agudas desproporciones de la producción con el consumo, de la productividad con la capacidad adquisitiva y de la inversión con la dimensión de los mercados solventes.

La mundialización acentúa la competencia entre las ET y también entre los estados nacionales o bloques regionales que sostienen a estas compañías. La desregulación financiera, comercial o cambiaria desata una competencia de todos contra todos, que reduce las posibilidades de acordar la distribución monopólica de los mercados. Esta intensificación de la competencia -junto al creciente descontrol de los vaivenes cíclicos y la vertiginosa movilidad de los capitales- explica porqué en la última década estalló una crisis significativa cada dos o tres años (desplome cambiario europeo en 1992, tequila mexicano en 1995, descalabro asiático en 1997, cesación de pagos rusa en 1999).

Aunque la mundialización ha facilitado la recuperación de la tasa de ganancia y la ampliación de los mercados, tiende a potenciar la sobreabundancia de mercancías y capitales, el estrechamiento del poder adquisitivo en la periferia y la insolvencia de las empresas que pierden el tren de la reestructuración.

Estos desequilibrios socavan la estabilidad interior de las naciones avanzadas porque las corporaciones ejercen una presión chantajista sobre el salario ("aceptan la reducción salarial o trasladamos la empresa al sudeste asiático") que amplifica las desigualdades sociales. Por eso, a diferencia de la "etapa fordista", la recuperación tanto de la tasa de ganancia como de la productividad no han elevado los ingresos de los asalariados. Estados Unidos, la potencia que más lucro obtuvo de la mundialización, presenta el panorama social interno más aterrador del Primer Mundo, con encarcelamientos masivos, retirada de las clases altas a los suburbios, enormes desigualdades del ingreso, disgregación de la vida familiar y la colectividad barrial, inseguridad sanitaria y un régimen de "apartheid" educativo.

Es cierto, por otra parte, que la recuperación hegemónica norteamericana asegura un gendarme mundial que custodia los negocios privados, pero el costo de este intervencionismo es atroz. Durante los años 90 se libraron 47 conflictos bélicos con millones de muertos, heridos y refugiados. La existencia de un dispositivo planetario de seguridad para el capital ha permitido la recuperación de la tasa de ganancia, pero no sirve para atenuar los desajustes de la acumulación, ni para reducir el efecto de la sobreproducción.

Ninguna de las crisis de la última década fue prevenida ni desactivada por los organismos internacionales que coordinan la actividad financiera, monetaria o cambiaria, demostrando que la sincronización de las políticas macroeconómicas no elimina las turbulencias de la economía de mercado. Ni las normas del FMI, ni las pautas comerciales de la OMC pueden contrarrestar las tendencias al desorden anárquico que genera la competencia. Cuánto más se internacionaliza la competencia, más frágiles se tornan las posibilidades de regulación mercantil a través de políticas económicas. Como ocurrió con la "belle époque", la actual reorganización mundializante del capital tiende a generar conmociones que abren una oportunidad para batallar con éxito por el socialismo.

NUEVO INTERNACIONALISMO.

El contexto político favorable al capital que aceleró la mundialización empezó a modificarse en los últimos años, a partir de importantes reacciones de la clase trabajadora que comenzaron a revertir el reflujo de los 80. Aunque estos avances no alcanzan para recomponer el peso político-sindical que detentaban los trabajadores antes de esa etapa ponen un freno a la ofensiva del capital. Desde mitad de los 90 (la huelga francesa de 1995 podría tomarse como un punto de inflexión), existen claros síntomas de esta recuperación en los países centrales (en Estados Unidos se registra una recomposición de la resistencia obrera desde la huelga de UPS en 1997 y en Europa Occidental se mantienen los principales bastiones de conquistas de los trabajadores.). En la periferia se amplían las luchas sindicales reivindicativas (Corea, Brasil, Sudáfrica) y se acrecientan las revueltas populares (Indonesia, Ecuador, Colombia, Palestina).

Al expandir la acción del capital, la mundialización refuerza potencialmente a su principal antagonista que son los trabajadores. Aunque los nuevos métodos de trabajo disminuyen relativamente el peso del proletariado industrial y aumentan su heterogeneidad, el resultado social prevaleciente de la internacionalización es el aumento de la "clase que vive de su trabajo", especialmente por el aumento de la participación de femenina en la actividad laboral y la incorporación de nuevos segmentos de la población al trabajo asalariado.

Por eso, si bien el desempleo y la flexibilización laboral han impuesto una marcada disminución del nivel de sindicalización entre los obreros industriales de los países centrales, esta caída no se extiende a la periferia y coincide con un aumento general de la agremiación entre trabajadores medios y profesionales .

En el marco de esta recuperación de las luchas populares se ha concretado la irrupción de nuevas formas de protestas callejeras internacionales frente a cada reunión mundial del capital. Por primera vez en muchos años una reivindicación política mundial -cómo es el rechazo al FMI y la OMC y la recuperación de la soberanía popular frente al dominio de las corporaciones- se ha convertido en un tema de debate general. Una nueva reacción contra la explotación debutó en Seattle.

Las movilizaciones contra los organismos multilaterales no sólo cuestionan, denuncian y desenmascaran los propósitos reaccionarios de estas instituciones, sino que pavimentan una reversión de la relación de fuerzas en que se apoya la mundialización. Se ha creado una nueva dinámica de oposición internacionalista al capital, que no tiene precedentes desde las movilizaciones contra la guerra de Vietnam en los 70 y que comenzó a masificarse, desde que en 1998 la OCDE debió retirar el proyecto del AMI. Se está demostrando que si bien la mundialización provoca una disgregación del tejido social, también conduce a renovar la solidaridad internacionalista mediante nuevas formas de protesta, que introducen consignas con claras connotaciones anti-capitalistas ("el mundo no es una mercancía", "no a la dictadura del capital").

El movimiento que llamó la atención mundial desde Seattle presenta características muy combativas y un notable grado de organización, pero se enfrenta con algunos de los problemas políticos clásicos del internacionalismo. En primer lugar, existe una expectativa reformista en que la democratización de los organismos internacionales podría remediar los padecimientos de la globalización. Se espera, por ejemplo, que un tributo a las transacciones financieras, la introducción de "cláusulas sociales" para salvaguardar la equidad en el comercio o el otorgamiento de un poder de voto efectivo para todos los países dentro de la OMC permitirá atenuar la pobreza. Pero si bien resulta posible y necesario poner límites a esta opresión global arrancando conquistas al capital, la causa de los padecimientos sociales no es el "horror económico" creado por el ultraliberalismo, sino el carácter estructuralmente opresivo del capitalismo. Este sistema económico no es reformable, ni corregible y por eso cada éxito del nuevo movimiento internacionalista debe constituir un peldaño en el desarrollo de una alternativa socialista.

En segundo término, la resistencia contra la mundialización ha resuscitado banderas nacionalistas de dos tipos. En los países avanzados han reaparecido planteos proteccionistas de defensa del "trabajo nacional" contra la invasión de mercancías importadas, cómo si los causantes del desempleo fueran los trabajadores asiático o latinoamericanos y no las corporaciones que operan a escala internacional. En algunos países subdesarrollados el rechazo a la globalización adopta formas populistas o religiosas, que se tornan abiertamente reaccionarias cuándo en nombre de cierta identidad nacional se desencadenan guerras raciales y genocidios étnicos contra otros pueblos o minorías oprimidos. A diferencia del anti-imperialismo, este nacionalismo oscurantista es un enorme obstáculo para el progreso del nuevo internacionalismo, porque difunde una falsa oposición entre objetivos emancipatorios universales e intereses nacionales de cada pueblo .

En tercer lugar se ha desarrollado -en oposición a todas las variantes de nacionalismo- una corriente de pensamiento político transnacionalista, que rechaza el fundamento nacional de la acción internacionalista. Argumentan que la diferenciación tradicional entre centro y

periferia ha perdido sentido a partir del surgimiento de una nueva subjetividad transnacional, basada en una resistencia popular tan global como el propio capital.

Pero este enfoque ignora que la protesta en curso es un producto del agravamiento de las tensiones nacionales y que el terreno nacional es el ámbito natural de la acción de clases trabajadoras con diferentes historias, prácticas y tradiciones.

Qué esta batalla requiera una extensión al plano internacional para desarrollarse exitosamente no quiere decir que las reivindicaciones adopten en su origen formas mundialistas. La existencia de un nuevo internacionalismo constituye un acontecimiento de excepcional importancia, pero no elimina el basamento nacional de la batalla contra la globalización por alguna modalidad de transnacionalismo. La lucha que ha comenzado no se desarrollará en abstractos términos cosmopolitas, sino a través de formas más radicales y universales de un internacionalismo articulador de batallas nacionales muy diversas .

El nuevo internacionalismo contribuye a revertir el impacto negativo sobre la conciencia de clase que produjo el desmoronamiento de los "ex países socialistas". Aunque estos regímenes burocráticos y dictatoriales ya no constituían ningún modelo para los proyectos de los trabajadores políticamente más esclarecidos de los países avanzados y periféricos, la implosión de la ex URSS y de sus socios dió pié a la difusión de la mayor campaña anti-socialista del siglo XX. Este clima perdura y los oprimidos carecen de las sucesivas referencias revolucionarias internacionales para el desarrollo de un programa emancipatorio que estuvieron presentes desde 1917 hasta fines de los 70.

Pero acciones internacionalistas como la de Seattle apuntalan el resurgimiento de una conciencia socialista mediante la acumulación de experiencias, la recuperación de viejas conquistas y la obtención de victorias parciales frente al capital. Las contradicciones que acumula la mundialización no han desencadenado aún una crisis global y las luchas de los oprimidos no han dado lugar todavía a una victoria estratégica. La confluencia de ambos episodios puede marcar el renacimiento del socialismo del siglo XXI.

Realidad Económica, n 178, febrero 2001